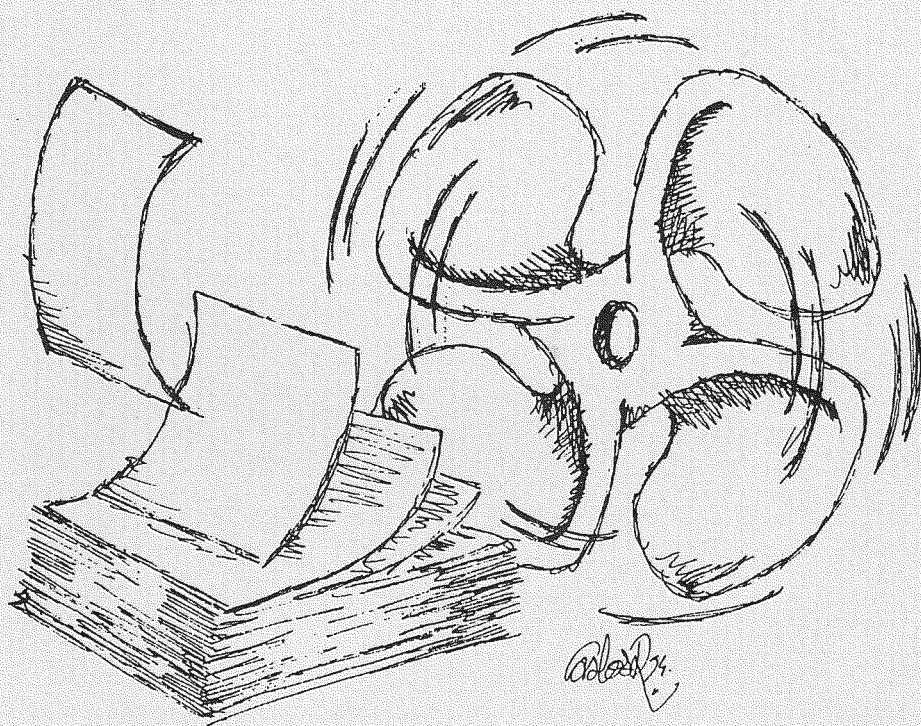




HÉLICE

PUBLICACIÓN DE POESÍA Y NARRATIVA

HÉLICE. N° 2 Abril - Mayo 1995
PUBLICACIÓN DE POESÍA Y NARRATIVA

en este n° han colaborado

Margarita Moreno
Carlos Romero
Miguel Gasca
Rafael Barrios
Isa Castellano
José Manuel García
Mª Jesús Ortega

ilustraciones

Carlos Romero

HÉLICE. *c/ Tras los Molinos 24 A*
11630 Arcos de la Frontera

Y a estamos en el número dos, nuestra particular Hélice ha empezado a girar con fuerza y todos estamos orgullosos de que nuestra publicación se haya encaminado en buen rumbo. Sin fecha fija de salida aún, esperamos que la publicación se consolide y podamos realizarla cada dos meses. Queremos agradecer la gran acogida que Arcos ha dado a esta publicación. Agradecer también especialmente a Pedro Sevilla por su afectuosa presentación y a M^a Jesús Ortega por saber aportar su experiencia en el cierre del acto.

Nos han llegado noticias de que existe en Granada una publicación casualmente con nuestro mismo nombre, aprovechamos la ocasión para mandarles un cordial saludo y que exista una gran amistad entre ellas.

Esperamos vuestra colaboración para la realización de los siguientes números.

la redacción.

5. tierra.

(Margarita Moreno)

9. vida.

(Carlos Romero)

10. el autobús.

(Miguel Gasca)

13. la última función.

(Isa Castellano)

15. setenta y cinco.

(José Manuel García)

19. como pájaros jóvenes...

(Rafael Barrios)

21. la lluvia es voz antigua.

22. muwasaha.

(M^a Jesús Ortega)

tierra.

Me senté en el cálido polvo del camino y me deleitaba gozosa cegándome por momentos, hiriéndome las pupilas con la luz del astro rey, bajando luego la vista; y cuando entonces cerraba los ojos parecíame tenerlo a mi altura, a mi lado, junto al sendero, abdicando así de tanpreciado sentido bajo la magia de ese espejismo.

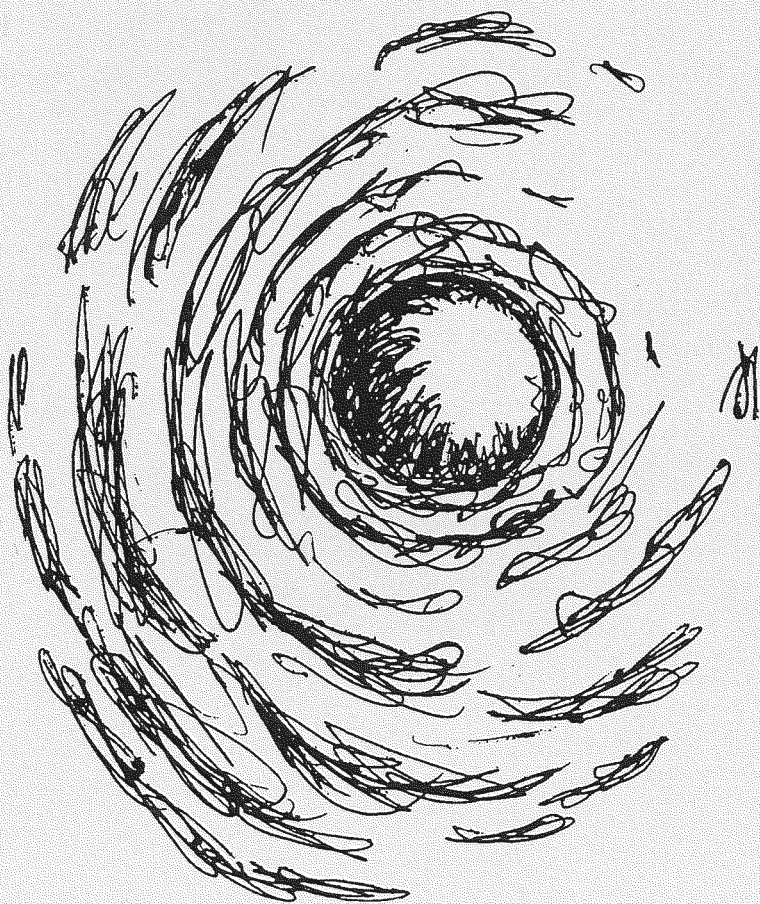
Tras aquel dulce efecto renacía en mí el ansia y el deseo de todo lo cotidiano, del ardiente manto de la tierra, del lacerante filo de la roca que me servía a modo de respaldo; y del temor de ver perturbada mi soledad con la borrosa figura allá a lo lejos, de un caminante fortuito que se parara ante mí y no solo eso sino que, no habiendo siquiera percibido mi presencia, hiciera sombra con su cuerpo rotundo y me recordara al momento lo mortal que soy.

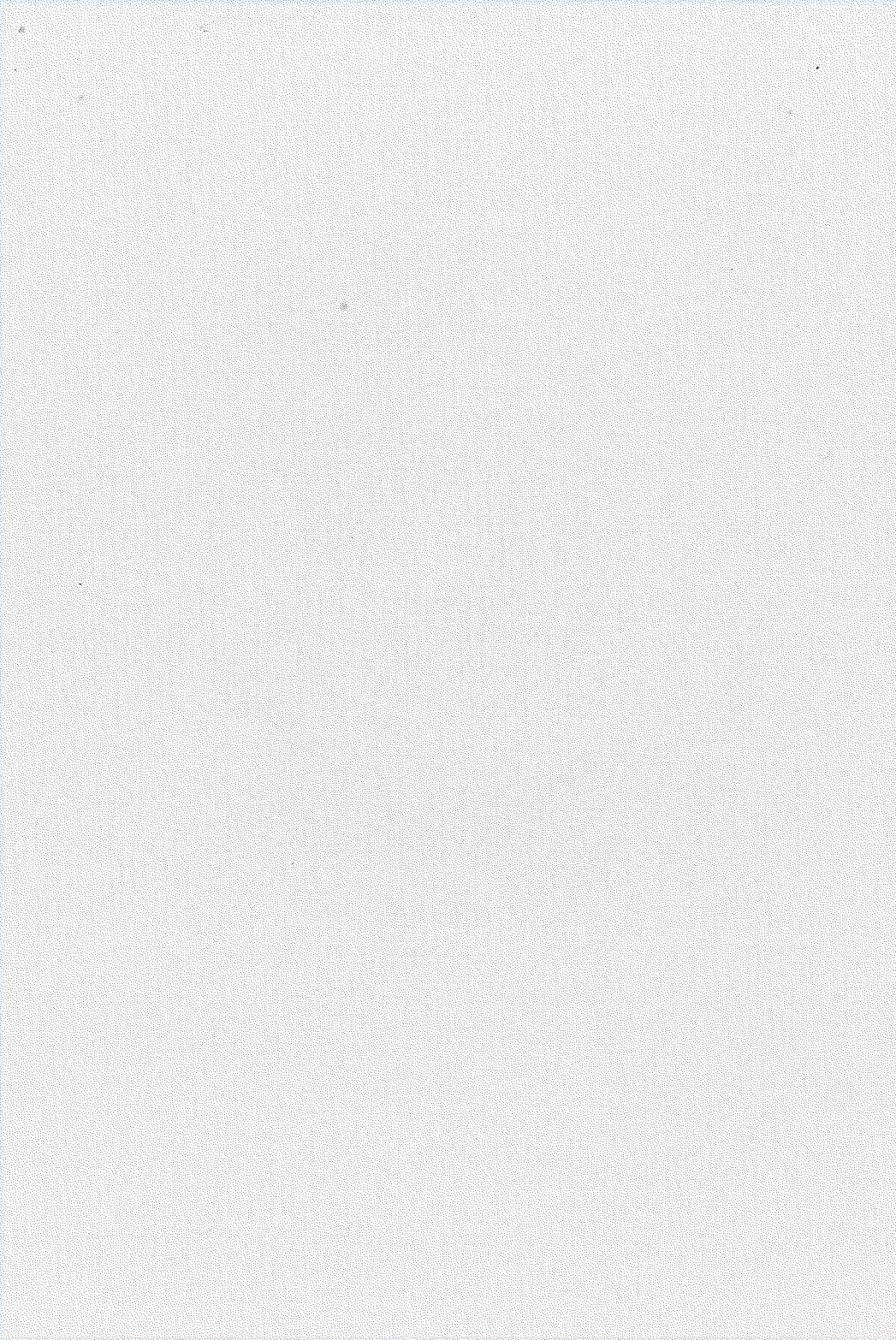
He observado en mi palma, uno a uno, granos de la tierra y no he podido sino llevármelos a la boca, deleitarme en su gusto secreto y extraño, lleno de todo, de color y aroma, muerte, sudor y vida, del pasado, de otros mundos... Y como si de una droga alucinógena se tratara me ha hecho viajar porque cada porción ha invadido parte de mi ser, me ha conquistado hasta el último rincón, y con el lenguaje de la vida misma he sentido en mi carne cada viento, cada lluvia y trueno.

Entonces ha tenido lugar ese maravilloso momento, cuando con ella me he sentido portadora de vida, como nuestra madre tierra y he sabido del poder del espíritu, la fuerte visión de saber lo viva que estoy, porque podrían germinar en mí, en esa comunión, flores, pájaros.

...Y me pidió para mi gran asombro, sí, me ofreció por el trueque a esa felicidad despojarme de mi ser, que me convirtiera en carroña y semilla a la vez, que fuera su hermana. ¿Cómo? ¿Acaso ese segundo ha sido de duda? no, no, pues he cedido y ya me veo como espectadora de mi cuerpo, sentada allá en el camino mirando, ora al sol, ora a lontananza, desviando furtivamente la mirada hacia el sendero, todo como antes sólo que ahora nadie me hace sombra, nadie sabe que estoy ahí.

Margarita Moreno.





vida.

El caminante despierta y bebe agua. Ese agua que cae del cielo, que se desliza por las calles, las casas, los cuerpos. Ese agua que parece salir de la nada y te empapa.

Esa angustia que es para algunos la lluvia, para otros es vida. Como una planta que revive en calles estrechas y difuminadas, el caminante vuelve a nacer. Colores pastel, tardes de tranquilidad, el cuerpo se entrega al agua.

Caminando por el río de lluvia llega la noche, todo se paraliza y se esfuma. El caminante no cesa, el agua fluye por sus venas. Pequeñas cascadas saltan por los escalones. El caminante deambula hasta que la lluvia se apaga.

Una vez más el caminante debe esperar.

Carlos Romero.

el autobús.

Cada mañana me despierto sentado en un autobús de niños, mujeres y algún estudiante con los ojos hinchados.

Recuerdo levemente la rutina del aseo y el breve paseo hasta la parada. A esas horas las calles no me llaman la atención, más bien las considero el escenario de un sueño que llega tarde.

Esperando que se ponga en marcha el autobús suelo ojear algún libro que me he deslizado en la chaqueta como por un impulso instintivo. No sé si es el sueño o el paisaje que se entrevé entre las casas lo que me hace disfrutar especialmente de esas lecturas. Todo lo que leo me provoca un leve eco allá dentro y casi inevitablemente tengo la piel erizada; cuando me encuentro en este arrobamiento noto que me miran. A veces son miradas de asombro, otras es la mirada enigmática de un pequeño que me parece escrutar hasta el fondo. Yo respondo con una sonrisa y le dejo hacer.

Pero la mayoría de las veces soy yo el que mira refugiado detrás de mi libro. Hay muchas mujeres jóvenes que llevan a sus niños a la guardería. Guiadas por su instinto maternal les abrochan los abrigos, convirtiéndolos en un paquetito de miembros y resoplidos.

Se cuentan unas a otras los hábitos de comida de sus cachorros y se regocijan narrando sus pequeñas travesuras.

Pero en sus caras se lee el cansancio de muchas horas de trabajo. Sobre todo en sus ojos, llenos de tristeza y docilidad. Supongo que es la misma mirada que podría tener un esclavo que se sabe que no puede nada contra su amo. Cuando noto que no puedo seguir pensando en sus vidas porque todo se vuelve demasiado real retomo mi lectura.

Pero, ¿habrán leído alguna vez un libro, un poema?. Lo dudo mucho. Desde que nacen, como si fueran objetos, se sabe para lo que van a servir. La escuela para ellas fue, en vez de principio, intermedio. Después toda la vida trabajando, primero para poner un piso, para el marido más tarde. Para ese marido que les hizo un hijo de promesas que no se cumplen, que no se cumplirán nunca. Pero ellas siguen atendiendo solícitas a sus hijos, sin notar que me trago espinas. Al llegar a su parada todas bajan en procesión de gritos y bocadillos.

Entonces y por una especie de coincidencia suben unas señoras mucho mayores. Casi todas van al ambulatorio a contarle a algún médico sus dolencias sin que éste les pueda diagnosticar ningún tratamiento; ¿Cómo decirle a alguien que su enfermedad se cura con un beso ardiente o con un ramo de rosas?. Sus conversaciones tratan de dolores, de penas, de las jugadas sucias que la vida gasta y que algunos llaman ley de vida. Recuerdo haber oído un día de Todos los Santos este diálogo:

- *Pues no sabía que vivieras allí.*
- *Si hija, veinte años de amargura.*

Cuando las miro, con sus cuerpos deformados, siento una pena grande. En definitiva son el resultado de la progresión aritmética del tiempo aplicada a las que llevaban sus promesas al colegio.

Por fin llega mi parada. Bajo corriendo y al respirar el aire frío me acuerdo de lo que venía a hacer. Vuelvo a correr y no paro hasta alejar toda la tristeza besando sus labios que me esperan.

Miguel Gasca.

la última función.

*El tiempo se ha vuelto enemigo
de los hombres que esperan.
Los telones de los teatros caen
sin que nadie intente impedirlo.
- ¡ Se acabó la función !-
Gritó el frustrado acomodador
que deseaba salir corriendo.
Pero las palabras no dicen nada
al chico que permaneció sentado
en medio del solitario patio de butacas.
Se quedó esperando;
como el cielo espera a la tierra,
como el fuego espera a la lluvia.
Se quedó esperando;
como la vida espera a la muerte.
Sin embargo está muerto.
En su cuerpo no hay sangre;
por sus venas fluye el miedo a la soledad,
el vago deseo de la compañía.
Y está muerto.
Murió cuando lo abandonó todo durante la tormenta.
Y ahora se encuentra
en medio del patio de butacas,
esperando algo que jamás llegará.*

*La función ha terminado
y mientras, fuera, los señores burócratas
acompañados de sus secretarias,
abandonan el teatro
cobijándose de la lluvia,
aterrorizados ante la idea de que las lágrimas
estropeen sus abrigos caros, muy caros...*

Isa Castellano.

setenta y cinco.

*H*erno se levantó una vez más en su roca, donde la tierra y las conchas hablaban del viento, como cada día. La mañana tenía un cálido color vainilla que casi podía comerse.

Estaba completamente desnudo y, desconfiado, subió a la cima y se sentó para acomodarse mejor. En el mismo instante, un gran globo amarillo viajaba cambiando continuamente de dirección, buscando algún horizonte.

Desde su roca vio cómo todos los granos de sal se unían en un mismo lugar... Era rubia, blanca, sobresalía entre el azul cambiante y sus ojos eran dos gotas de agua joven.

La observó como si alguien hubiera dejado caer una triste ala de ángel sobre su cabeza, abrió los ojos una vez más y sin saber porqué la llamó ¿,Niza.?.

Ella lo miró y su vista era tan ambiciosa que el mar no le bastaba, ¿el mar....?. Supongo que debía de ser así. Caminaba tan dulcemente que no dejaba huellas en la arena.

Herno, sorprendido ante tanta... no sé qué, cayó rápidamente al suelo, no podía comprender lo que había encontrado. El cielo se tornó rojizo en nubes de color de avena; pero, sin perder más tiempo, Herno dibujó en el aire un tosco "tapa-rabo" que se puso sin más vacilaciones.

Debía llegar a ella, lo que un principio era inmensidad, un lugar sin límites, ahora era un punto. Maldijo las lejanas olas mil veces.

Herno subió a la roca y ¿Niza?, seguía allí, en el mismo lugar. Sin más contemplaciones bajó de la roca de un salto, varias heridas labraron sus pies, pero daba igual; estaba allí y no iba a dejarla escapar. Mientras Herno corría ciego de azul, pisó una burbuja. Paró y con toda rapidez se introdujo en su hueco... al instante se encontraba ante ¿Niza?.

-¡ Soy....!, ¡¡Nooo!!-

Lo que era sal se redujo a una gota de agua, que la tierra tragó. Herno cerró los ojos y despertó.

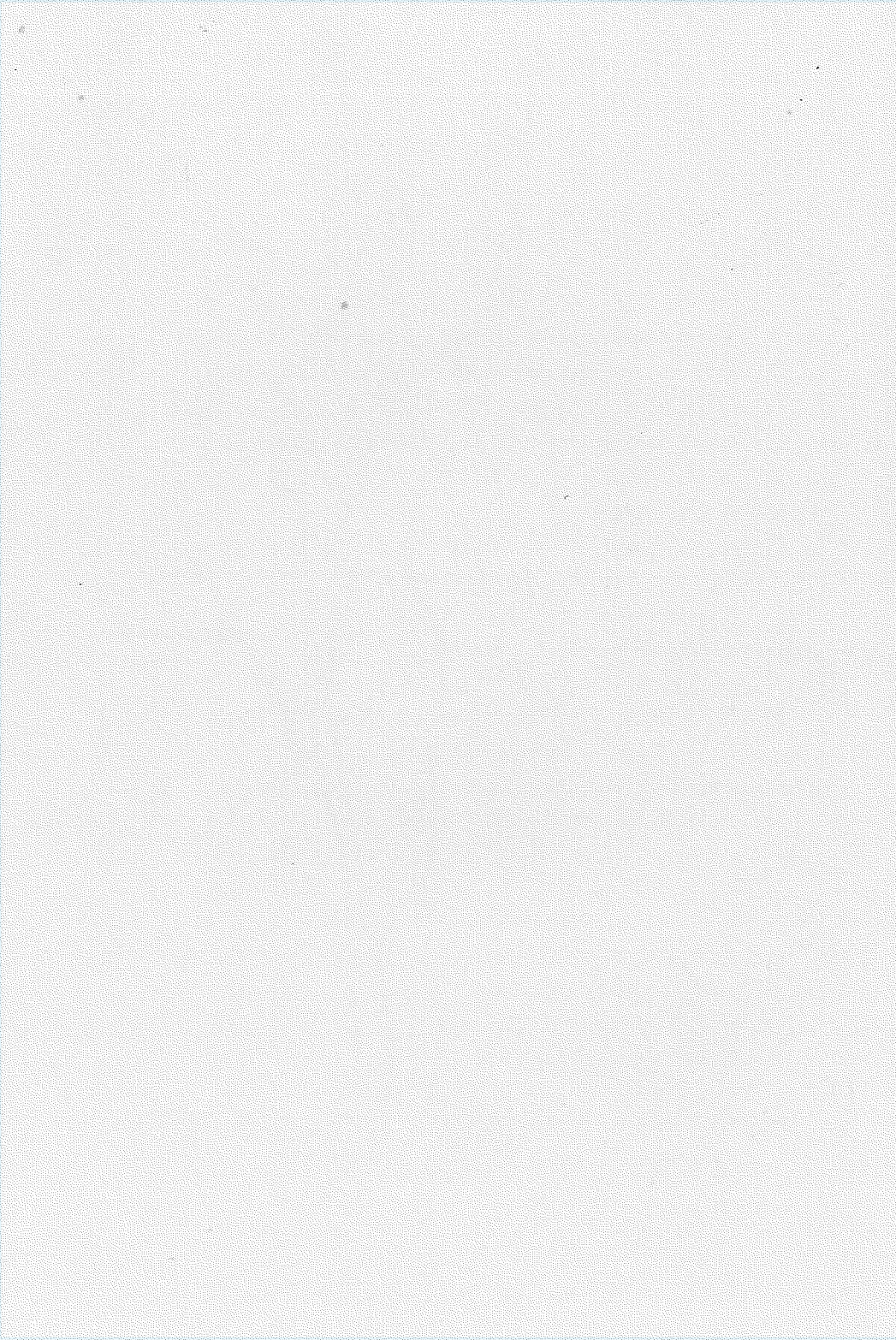
-¡Maldita sea.....!.

-¡Eeeh.. Herno, esta es la nueva de la clase, se llama NIZA, y él es...

-Herno.- Respondió moviendo sus labios con su cara pensativa y sus ojos como dos gotas de agua joven.

José Manuel García.





*C*omo pájaros jóvenes que nunca,
nunca se alejan del nido de barro,
revolotean en mí buenas nuevas de vuelta.
Porque vuelvo al pueblo: llevando
todo mi barro y mi yerba seca, volvemos
para manchar la carretera
y dejar un rastro de humo ciudadano.

*El gran nido de fango reseco
que me hace,
con su peso injusto, arrastrar
las piernas, perderá su ansia divina
de cielo, su hermandad con el aire,
y estrellado en el suelo
será otra vez tierra en la tierra.*

*Cada grano oscuro de la arena más simple
retozará otra vez abajo cerca,
muy cerca del fuego,
y mientras alza la vista a la cornisa más alta,
alzará también su voz, diciendo:
“Yo estuve allí, hermanos, entre el aire del cielo”.*

*Y por eso yo, dejando
a un lado todo mi gas, mi agua
que tienden al solitario urbano
y su campo de voces sin destino,
proclamo (que retumbe mi voz):
“Vuelvo yo tu hermano, tu gran amigo”.*

Rafael Barrios.

*Agradecemos la
colaboración en este número de
M^o. Jesús Ortega que nos cede dos
de sus poemas.*

*La lluvia es voz antigua,
sabia cadencia que templó los árboles,
que seduce al silencio,
que embalsama la cólera
y convoca los ecos de los pájaros.*

*Sus manos tejen ágiles
largas frases que esconden las paredes,
improvisa la siesta,
auxilia a los espíritus,
nos redime del séquito del tiempo.*

*Ella apaga la luz
y reinventa el paisaje más tenaz,
derrama su salmodia
y ablanda los colores
con el rumor disuelto de su aliento.*

*Camuflada entre el aire,
poseída de lágrimas y fuentes,
recoge sus cabellos
en el pozo de un patio
o en las manos perfectas de algún niño.*

*La lluvia es voz antigua,
sabia cadencia, hábil contadora
de cuentos olvidados
que embalsaman la cólera
y convocan los ecos del recuerdo.*

M^a. Jesús Ortega.

muwasaha.

*Bajo los cerezos floridos
duerme tan hermoso mi amigo.*

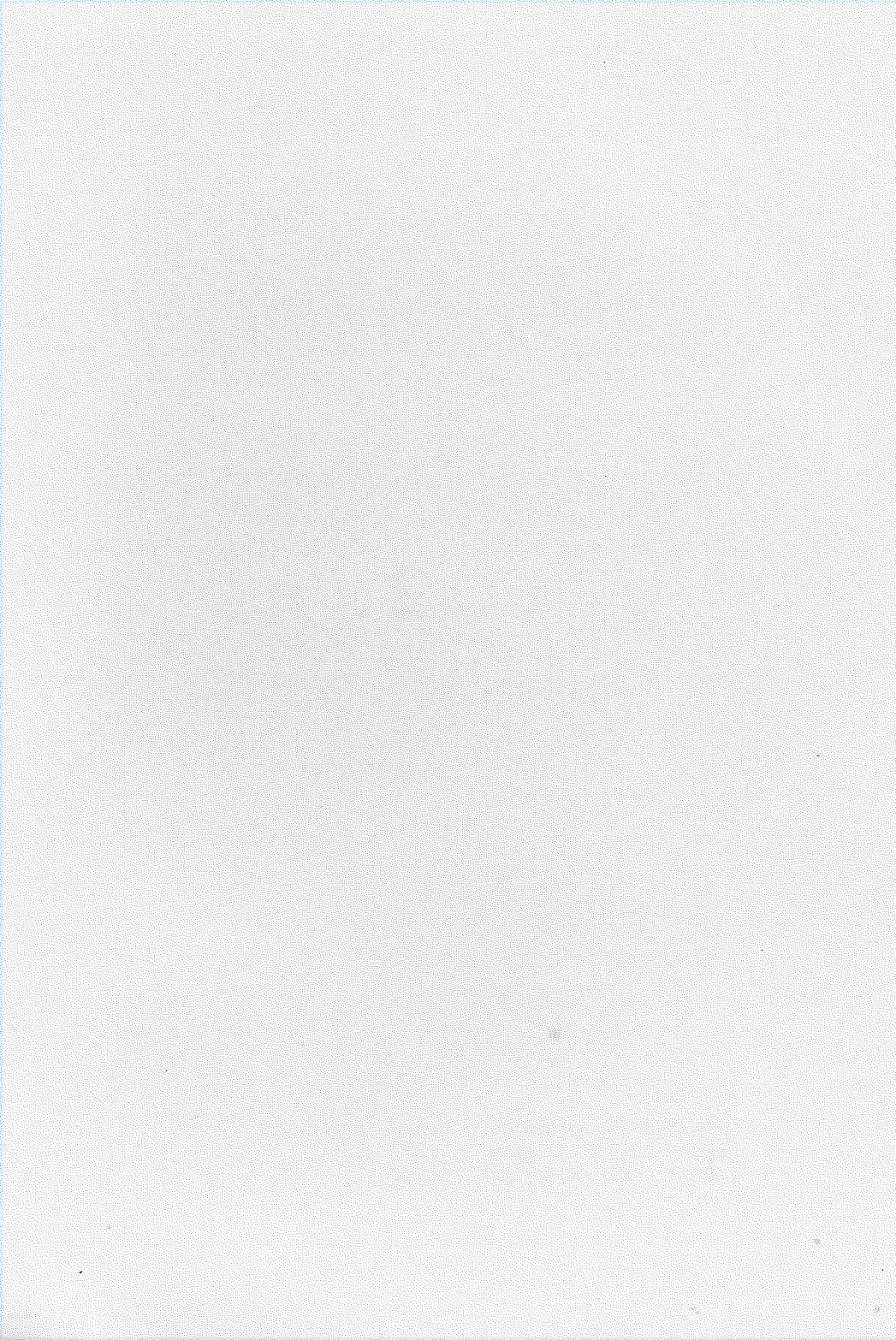
*Cedió la hierba sus brazos,
tornóse en gozoso tálamo
y besó en silencio a mi amado.*

*Entre sus dedos sombríos
duerme tan hermoso mi amigo.*

*En las briznas de su pelo
aromas le dejó el viento,
menta y salvia entre su sueño.*

*Ved mis besos malheridos,
cuán lejos de mí
duerme tan hermoso mi amigo.*

Mª Jesús Ortega.



.2.

Edita: Excmo. Ayuntamiento de Arcos de la Frontera

Depósito Legal: CA-1084/94

Imprime: LINEA OFFSET, S.L. - Chiclana -